SERMONES QUE ILUMINAN

**DÍa de Todos los Santos y Santas (A)**
**LCR: Revelación 7:9–1; Salmo 34:1–10, 22; 1 San Juan 3:1–3; San Mateo 5:1–12.**

*«Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna.» - Credo de los Apóstoles.*

Hoy la Iglesia Episcopal celebra la Fiesta de Todos los Santos y Santas que es una de nuestras fiestas principales y, aunque a veces no lo pareciera, goza de tanta importancia en nuestra liturgia como la Navidad o la Pascua de Resurrección. ¿Por qué es tan importante? ¿Por qué insistirá la Iglesia en resaltar esta ocasión?

En primer lugar, esta fiesta forma parte del legado de los primeros siglos del cristianismo. De una forma u otra los cristianos de distintos lugares y culturas llegaron, casi unánimemente, a observar los memoriales de los mártires, pero al darse cuenta de la gran cantidad de los que habían entregado sus vidas por la causa de Cristo, resolvieron que se necesitaba hacer un memorial de todos ellos; además, en muchos sitios se reconocieron a varias personas que no fueron mártires como santos ejemplos de seguir a Cristo. Las fechas variaban de lugar en lugar, pero ya en Siglo V casi todas las comunidades cristianas dedicaban un día a recordar las vidas de los santos, conocidos y desconocidos.

En segundo lugar, con el pasar de los siglos y el crecimiento del número de los santos, se aumentó la reflexión sobre aquel punto del Credo de los Apóstoles: *Creo…en la comunión de los santos.* Esta confesión de nuestra fe bautismal insiste en proclamar que los fieles creemos en la comunión de los santos como algo esencial a nuestro cristianismo, igual que insiste que creemos en Jesucristo y en la vida eterna. Al confesar que creemos en la comunión de los santos estamos diciendo que creemos que existe una gran familia de Dios, que los que vivimos en esta tierra estamos unidos a los que han partido porque ambos grupos estamos en Cristo. Al celebrar la Fiesta de Todos los Santos la Iglesia nos recuerda esa gran enseñanza, que en Jesucristo somos una sola familia con la Bienaventurada Virgen María, San José, los Apóstoles, todos los mártires y todos los hombres y mujeres de todas las edades que han creído en el Señor. Esta celebración también nos brinda ocasión de dar gracias a Dios por todos ellos, por los santos célebres que todos conocemos y por quienes pocos conocen, pero que nos han influido para bien con sus oraciones y ejemplos.

A propósito de esto, el Leccionario de la Iglesia asigna para este día la lectura del libro del Apocalipsis. Se trata de una gran visión del trono de Dios en el cielo, rodeado por los santos: "Miré y vi una gran multitud de todas las naciones, razas, lenguas y pueblos. Estaban en pie delante del trono y delante del Cordero, y eran tantos que nadie podía contarlos. Iban vestidos de blanco y llevaban palmas en las manos. Todos gritaban con fuerte voz: «¡La salvación se debe a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero!". Es una visión hermosa de la gran familia de Dios -son todas las naciones, razas, lenguas y pueblos-, y todos están unidos para cantar la

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

victoria de Cristo sobre el pecado, la enfermedad y la muerte. Es una verdadera comunión, una fraternidad de todos los redimidos, de todos los que, como nosotros, han confesado a Cristo como Señor y se han santificado a través del Santo Bautismo. Hoy celebramos este enlace de amor formado por el Espíritu Santo que mora en ellos y en nosotros.

Otro motivo porque la Iglesia designa una Fiesta de Todos los Santos y Santas es para enseñarnos que nuestra finalidad como creyentes es la santidad, lo que quiere decir que nosotros también estamos llamados a ser santos. Eso también se fundamenta en la Biblia, tal como escuchamos en la lectura de la Primera Epístola de San Juan. Según el autor sagrado, el cristiano de a pie, el pecador creyente, se conformará en la imagen de Cristo: "Queridos hermanos, ya somos hijos de Dios. Y aunque no se ve todavía lo que seremos después, sabemos que cuando Jesucristo aparezca seremos como él, porque lo veremos tal como es". Así que las Escrituras nos dicen, con claridad, que ya somos hijos de Dios y que, en el Día Final, seremos como Jesucristo: seremos santos porque él es santo. Esta santidad no es el resultado de haber logrado la perfección por nuestra cuenta, sino por la transformación de nuestras vidas por la gracia de Dios, lo mismo que con todos santos; todo santo es un pecador que ha sido transformado por la gracia, por el conocimiento de Cristo. No es por nada que el autor de Hebreos nos insta a *fijar nuestros ojos en Cristo*, porque cuánto más contemplamos a Jesús, el Salvador, más seremos como él.

Es así como Jesús nos enseña ser santos. El Sermón de la montaña refleja por excelencia la doctrina de Cristo en cuanto a la santidad. Nos instruye en vivir conforme a la voluntad de Dios y no sólo según las expectativas y los valores del mundo. En este sermón Jesús nos enseña a orar, a perdonar, a ofrecer la otra mejilla, a caminar la milla extra y a no ostentar una piedad falsa; es precisamente la joya de este discurso el que leemos hoy en el Evangelio designado, las Bienaventuranzas: "Dichosos los que tienen espíritu de pobres… dichosos los que sufren… dichosos los humildes… dichosos los que tiene hambre y sed de justicia… dichosos los compasivos… dichosos los de corazón limpio… dichosos los que trabajan por la paz… dichosos los perseguidos… dichosos ustedes cuando los maltratan por causa mía…".

Quizás estas palabras, las Bienaventuranzas, nos parezcan extrañas para ser expresiones de la santidad, pero son precisamente eso, manifestaciones de la santidad: humildad, paciencia, pureza de corazón, anhelo del reino de Dios, constancia bajo presión y frente oposición. Cristo predicó su mensaje para enseñarnos a vivir y ofrecernos el consuelo de la esperanza del amor de Dios y de su justicia divina. Cuanto más las reflejamos, más reflejaremos la mente de Cristo y más nos conformaremos a su imagen, más seremos como él es. Seremos santos por la gracia de Dios, como quienes pasaron por la gran tribulación y fueron victoriosos: «Por eso están delante del trono de Dios, y día y noche le sirven en su templo. El que está sentado en el trono los protegerá con su presencia. Ya no sufrirán hambre ni sed, ni los quemará el sol, ni el calor los molestará; porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor y los guiará a manantiales de aguas de vida, y Dios secará toda lágrima de sus ojos.».

Que el Señor Jesucristo, por el amor de su Padre, nos conceda que Espíritu Santo para santificarnos mientras esperamos el día de su venida. Amén.

***El Rvdo. Dr. Jack Lynch*** *es un presbítero de la Diócesis Episcopal de Long Island y Vicario de la histórica Saint Mary's Episcopal Church, Brooklyn, Nueva York.*

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.
© 2026 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.